

BORNEO EN LA CONSOLIDACIÓN DE LA PRESENCIA DE ESPAÑA EN FILIPINAS

Alicia CASTELLANOS ESCUDIER
Doctora en Historia de América

Introducción

Para la consolidación de la presencia de España en Filipinas, el papel de Borneo fue determinante por una serie de razones que vamos a ir concretando y que, *grosso modo*, responden a la pregunta ¿qué motivos e intereses impulsaron a los españoles a fortalecer su presencia en la isla? (1).

La conquista del archipiélago filipino no fue fácil, dada la fragmentación del territorio, formado por más de 7.000 islas, y de sus habitantes, divididos en tribus sometidas a las tiranías de reyezuelos y sultanes musulmanes. La primera reacción de los pueblos aborígenes a la arribada de los españoles fue de temor hacia los recién llegados, ante el latente recuerdo de la llegada de «hombres blancos», seguramente portugueses, que en su intento de comercializar los productos de las islas emplearon la fuerza de las armas. De ahí los esfuerzos de Legazpi por evidenciar sus buenas intenciones hacia sus habitantes, utilizando la intimidación solo en defensa propia y en casos concretos. En este sentido, muchas fueron las demostraciones de Legazpi para convencer a los filipinos de sus propósitos de convivencia amistosa, liberando a los naturales del archipiélago de la esclavitud y prometiéndoles que, en el caso de que algún español les hiciese daño, sería castigado y desagraviado.

En general, y salvo casos concretos, la dominación de las islas Filipinas se llevó a cabo con poca resistencia por parte de los nativos, quienes vieron en los españoles buenos aliados en su lucha contra los musulmanes, pueblo béli-

(1) Mi interés por la isla de Borneo y su relación con Filipinas surgió a raíz de un estudio realizado sobre el gaditano Carlos Cuarteroni, marino geógrafo, comerciante de la Carrera de Manila y, posteriormente, prefecto apostólico, quien en el siglo XIX pasó la mayor parte de su vida en el norte de Borneo sufriendo el acoso de Inglaterra y las intrigas del sultán de Brunéi. La investigación, que tuvo sus inconvenientes dada la dispersión y lejanía de los documentos en que sustentarla, se plasmó en un libro, *Cuarteroni y los piratas malayos*, cuya autora viajó en 2004 hasta Malasia, concretamente al estado de Sabah, desde donde el Obispado contactó conmigo a través de mi editorial y me invitó a visitar los enigmáticos lugares en los que monseñor Cuarteroni, ya convertido en sacerdote y evangelizador, había fundado las misiones católicas en Kota kinabalu, Brunéi y la isla de Labuán, sede esta última de la prefectura apostólica.



Plano de las islas Filipinas.

co y conflictivo asentado en la mayoría de las islas. Asimismo, los sultanes isleños —y otros del entorno— estaban sometidos al vasallaje de los poderosos sultanes de Borneo y Joló, dispuestos a mantener su hegemonía en la zona y a proseguir su política de expansión territorial y religiosa.

Los indígenas, una vez liberados de la tiranía de los dirigentes locales, quedaban bajo la protección del gobernador general, tras de lo cual inmediatamente se procedía a instruirles en la fe católica, uno de los objetivos primordiales de la expansión española en los nuevos territorios. En el caso de que el dignatario de la comunidad, por propia voluntad, se sometiera al imperio español y abrazase la religión cristiana, mantenía la autoridad sobre sus súbditos.

Pero, cuando los españoles emprendan la conquista del archipié-

lago filipino, no solo van a tener que enfrentarse a las comunidades musulmanas y a la piratería, sino también a los intereses y agresiones de otros países presentes en la zona.

En el caso de los portugueses, su presencia en aguas del Pacífico resultó para los españoles un problema añadido en el proceso de la dominación de las Filipinas. Si por lo general españoles y portugueses trataron de mantener cierto protocolo y guardar distancias, en ocasiones las relaciones se deterioraban hasta desembocar en serias amenazas (2). Tal fue el caso de la llegada a Cebú del capitán portugués Gonzalo de Pereyra, quien, basándose en el derecho que asistía al rey de Portugal sobre la isla, intentó obligar a Legazpi a interrumpir su empresa amenazándolo con un enfrentamiento armado en caso de no ceder. Si bien en esta ocasión la sangre no llegó al río, las amenazas no cesaron por parte de Pereyra, quien aseveró que volvería a defender los derechos del rey de Portugal con una gran armada (3).

También en Borneo anduvieron los españoles muy pendientes de los portugueses, evitando cualquier enfrentamiento armado como podemos comprobar en el siguiente texto:

(2) AGI, Filipinas 6, R.3, N.29.

(3) SAN AGUSTÍN, Gaspar de (OSA): *Conquista de las Islas Filipinas*. Madrid, 1698, pp. 209-210.

«Si en Borney obiere Portugueses o vinieren estando Vm. le hará todo buen acogimiento informándose de ellos y del estado de sus cosas y de todo lo demás que pudiere, y si por su parte de ellos se comenzare desmerecimiento e guerra, vm, procurará hacer su diligencia y haver la victoria, de otra manera, no rompiera con ellos, no rompiere con ellos, y en caso que haya rompimiento con ello, los traerá a esta ciudad para que de razón de sí» (4).

El fragmento forma parte de las instrucciones dadas por Francisco de Sande, gobernador general de Filipinas, al jefe de la expedición enviada a Borneo en 1569.

La presencia de los portugueses en las costas de Borneo estaba muy relacionada con el comercio de esclavos. Según aparece en las cartas informativas enviadas por Sande a Felipe II, los nativos capturados en la isla eran trasladados en buques hasta lejanas tierras (Siam, China, India, etc.), donde se procedía a su venta.

Cuando el monarca español se hace con el trono de Portugal en 1580, las relaciones hispano-lusas experimentaron un apreciable cambio. De sentirse competidores, lusos e hispanos dan paso a una política de cierta colaboración. Así lo confirman las instrucciones emitidas por Felipe II a los gobernadores de Filipinas para que se esforzaran en seguir manteniendo buenas relaciones y en ampliar la colaboración (5). Dentro de esta línea política entra la expedición a las Molucas del gobernador y capitán general Ronquillo, expedición compuesta por tres buques de gran porte y medio centenar de embarcaciones nativas, en su mayoría praos. Las fuerzas hispano-filipinas lograron ocupar las islas de Muriel y Ternate pero, cuando se disponían a continuar la campaña, un virulento brote de beriberi, que termina afectando a cuatro quintas partes de los hombres, obliga a la expedición a regresar a Manila inmediatamente.

Años más tarde Legazpi también acarició la idea de encontrar en alguna de las islas que iba explorando abundantes especias con que surtir a toda la cristiandad, en especial clavo y canela, dos de las más valoradas y por las que se pagaba un alto precio a los portugueses. Pero, en lo que respecta al archipiélago filipino, a medida que se iban explorando las islas la idea se fue desvaneciendo, ya que solo se descubrió canela y en una única isla, Mindanao, canela que, por lo demás, aunque abundante, no resultó de muy buena calidad.

Las Filipinas tampoco eran ricas en metales preciosos, a diferencia de los territorios americanos, pero los españoles se percataron pronto de su formidable situación estratégica. Consolidada la conquista del archipiélago, los límites del imperio español no solo se extendieron desmesuradamente, sino que las nuevas islas descubiertas sirvieron de trampolín para nuevos descubri-

(4) AGI, Filipinas 6, R.3, N.37. Instrucción de lo que el capitán don Juan de Arce Sandoval en esta Jornada que agora va a la Isla y Ciudad de Borney, que es de Su Magestad.

(5) AGI, Filipinas 6, R.3, N.34, Carta de Sande sobre la jornada en Borneo; Filipinas, 6,R.3,N.36, Carta de Sande sobre la jornada en Borneo.

mientos y conquistas. La corona española trató de abarcar dentro de su esfera de poder todo el océano Pacífico, una idea grandiosa apoyada por la línea de demarcación establecida en la bula papal *Inter caetera*; sin embargo, tal derecho no era reconocido por otras naciones, como Holanda y, sobre todo, Inglaterra, dispuestas a desafiar tal pretensión y aumentar sus áreas de influencia en la zona, cosa que conseguirán, aunque dos siglos después (6).

A partir de la fundación de la capital, Manila, en 1571, y de la posterior expansión por la isla de Luzón, el horizonte de los conquistadores españoles se amplía considerablemente. Así lo confirma el hecho de que, una vez conquistadas las Filipinas, aquellos pusieron la mira en Borneo e incluso en China. Así se expone en el detallado proyecto sobre la conquista de esta sometido a la consideración de Felipe II, proyecto que, si no prosperó, seguramente se debió al momento inoportuno en que se le presentó al monarca, tras el fracaso de la Gran Armada.

Borneo y Filipinas

En realidad, el topónimo «Borneo», tanto a la llegada de los españoles como en la actualidad, no designa a la totalidad del territorio que abarca la isla, sino que hace referencia solo a la parte norte, concretamente a la porción septentrional por donde hoy extiende su soberanía el sultanato de Brunéi, único Estado independiente a la llegada de los españoles. En el siglo XIX, la extensión del sultanato se redujo considerablemente en beneficio de Inglaterra, pero, como entonces, hoy día sigue siendo el único Estado cuya soberanía se limita al ámbito de la isla, el resto de cuyo territorio se reparten Malasia e Indonesia (7).

Situada en una encrucijada de rutas comerciales de varios países (Indochina, Filipinas, Célebes, las Molucas, Java, Sumatra) y muy cerca del estrecho de Malaca y Singapur, aún hoy sigue siendo la llave de Asia oriental. De la importancia de esta isla tan grande como un continente (8) ya se percataron los primeros españoles que llegaron al Pacífico con la expedición de Magallanes en 1521 y posteriormente con la de Legazpi. De la seguridad de estos mares dependía el desarrollo del comercio del archipiélago filipino, adonde llegaban mercancías no solo de China, sino también de Japón, Malasia, Indochina, India o Ceilán, entre otros países del sureste asiático. Desde Manila los

(6) CASTELLANOS ESCUDIER, A.: *Las Indias Orientales españolas ante el imperialismo de las grandes naciones* (discurso de ingreso como miembro de número de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras). RAHA, Cádiz, 2007.

(7) En la documentación, «Borneo» aparece transcrito de manera muy dispar. Mientras que Pigafetta lo llama «Burné», en las fuentes posteriores a la conquista de Filipinas se le designa «Borney», «Borneo» e incluso «Brunéi», en referencia al sultanato del mismo nombre. Hay que tener en cuenta que el sultán de Brunéi se consideraba rey de Borneo.

(8) Con 743.330 km², la isla de Borneo es la tercera del mundo en cuanto a extensión.



Mapa de Filipinas y Borneo

productos asiáticos embarcarían para México en el Galeón de Manila, y posteriormente llegarían a España en las flotas de Indias.

La relación de los españoles con los habitantes de Borneo empezó antes incluso de la conquista y ocupación de las Filipinas. La isla fue descubierta durante la expedición de Fernando Magallanes, apenas unas semanas después de su muerte en un enfrentamiento con los habitantes de Mactán, pasando a tomar el mando de la expedición Juan Sebastián Elcano.

En la época de Legazpi, el sultanato de Brunéi, que por entonces ocupaba gran parte del noroeste de Borneo, extendía su área de influencia por numerosas islas del archipiélago filipino, en muchas de las cuales el sultán de Borneo había colocado a sus parientes más cercanos y colaboradores al frente de las comunidades indígenas, a las que se había obligado a abrazar la religión musulmana. De aquí que la resistencia más tenaz hacia el asentamiento de los españoles proviniese de las islas más islamizadas. Por poner un ejemplo, cuando Legazpi comenzó la conquista de la isla Luzón, el sultán de Borneo, tío de Sulaymán, sultán de Manila, envió una importante flota en auxilio de su sobrino, lo que dio pie a los españoles para, posteriormente, inmiscuirse en los asuntos internos de la isla.

Además de los lógicos intentos de los dirigentes musulmanes de frenar la expansión territorial de los españoles, la cual afectaba negativamente a

sus actividades comerciales, no se puede olvidar el factor religioso. Las conversiones en masa al cristianismo de musulmanes filipinos, que los misioneros españoles estaban impulsando en el archipiélago, no eran vistas con buenos ojos por los dirigentes musulmanes, en especial por el sultán de Borneo, quien las consideraba una agresión a sus principios; por otro lado, tampoco los españoles estaban dispuestos a permitir que a los filipinos, ya súbditos españoles, se les siguiera predicando y adoctrinando en la religión de Mahoma.

Por su parte, los restantes europeos llegados a la zona, más interesados en la explotación de los recursos naturales y en el comercio que en el proselitismo religioso, no pusieron ninguna traba a la expansión del islam. Solo España ejercería una política destinada a frenar la religión del profeta Mahoma. Como hoy día reconocen muchos filipinos, de no haber sido por España a día de hoy todas las islas filipinas serían musulmanas, como ocurre en Borneo y en otros países circundantes.

Centrándonos de nuevo en Borneo, las primeras noticias de la isla nos las proporciona Pigafetta, quien formaba parte de la expedición de Magallanes (9). Además de ponderar su inmenso tamaño y de ocuparse de las costumbres de sus habitantes, el cronista nos relata, de forma muy detallada, el recibimiento amistoso que el poderoso rajá Siripada ofreció en su palacio a los expedicionarios españoles. Según su relato, divisados los buques españoles, el dignatario musulmán de «Burné» (10) les envió un lujoso prao (11), con la proa y popa recubiertas de oro y el interior forrado de telas y perlas preciosas. Desembarcados los exploradores españoles, fueron conducidos ante el rajá montados en elefantes adornados también con piedras preciosas. Cuando los españoles le pusieron al corriente de sus buenas intenciones, el alto dignatario, mostrando gran generosidad, no solo les entregó gran cantidad de víveres para proseguir el viaje, sino que les autorizó a llevar a cabo tratos comerciales con sus súbditos.

Es interesante un dato que nos proporciona Pigafetta sobre el enfrentamiento armado que tiene lugar en aguas próximas a Borneo y que nos pone en antecedentes del panorama que luego encontraría Legazpi, en el sentido de la dependencia y el vasallaje que la mayoría de los dignatarios musulmanes de las Filipinas e islas cercanas mantenían con el poderoso sultán de Borneo:

«... divisamos más de cien praos, repartidos en tres escuadrones que se dirigían hacia nosotros (...) nuestro mayor temor era quedarnos rodeados entre los juncos por lo que nos dirigimos a ellos capturando a cuatro juncos y

(9) PIGAFETTA, Antonio: *Primer viaje alrededor del mundo* (ed. de Isabel de Riquer). Barcelona, 1999.

(10) La ubicación del lugar visitado por la expedición de Magallanes coincide con el emplazamiento en nuestros días del sultanato de Brunéi.

(11) *Prao*. Adaptación española y portuguesa del término malayo *perabu*. Aunque se trataba de un tipo de embarcación destinado preferentemente a la pesca, era muy utilizada por los piratas.

matando a muchos de ellos. En uno de los juncos capturados estaba el hijo del rey de Luzón que era capitán general del rey de Burné [Borneo] » (12).

Este corto fragmento pone de manifiesto el entramado de enfrentamientos y alianzas que existía entre los dirigentes musulmanes, de tanta importancia para los españoles a la hora de someter los territorios filipinos. La expedición enviada por el rey de Borneo, bien armada, volvía de llevar a cabo un ataque de castigo contra la ciudad de Lua Pulam, situada en la misma isla camino de Java Mayor, por la negativa de su caudillo a someterse al vasallaje del rey de Brunéi.

Pero, como decíamos hace un momento, los españoles también se beneficiaban de los constantes problemas y tensiones internas entre los dirigentes musulmanes, lo que les permitió establecer acuerdos y tratados a cambio de su apoyo. En 1578 llega a Manila un sultán de Borneo, Sirela (13), a fin de solicitar al gobernador general de Filipinas, por entonces el doctor Francisco de Sande, ayuda militar para establecerse en el trono que por derecho le pertenecía y que le había arrebatado su hermano menor Saiful Rijal. En contrapartida, él y su reino pasarían a ser tributarios del rey de España.

Como era de esperar, el gobernador y capitán general de Filipinas no podía dejar pasar tan interesante oportunidad, y de inmediato comienza los preparativos de la campaña, cuyo desarrollo se puede conocer con todo detalle a través de las cartas de Sande al Consejo Real de Indias y al propio rey Felipe II. Las cifras sobre el número de embarcaciones y efectivos militares varía dependiendo de las fuentes. Basándonos en las mencionadas cartas del propio Sande y en las de los oficiales que le acompañaron, la expedición estaba compuesta por 40 embarcaciones, tripuladas por 400 españoles. Al frente de las fuerzas iban los capitanes Esteban Rodríguez Figueroa, Juan Morones y Antonio Saavedra, y como jefe supremo, el mismo Francisco de Sande (14).

La armada de galeras y galeotas sale de Manila el 3 de marzo de 1578, con instrucciones de limitarse a hacer una demostración de fuerza; pero, según argumenta el gobernador, «el rey moro de allí no queriéndola salió con su armada a pelear contra nosotros a la mar, a tres o cuatro leguas y esgrimiendo la paz mató y robó a varios principales que eran de la isla de Luzón y también a los moros que le acompañaban» (15).

(12) PIGAFETTA, Antonio: *op cit.*, p. 180.

(13) Existe gran disparidad en las fuentes en lo que respecta a los nombres de los dirigentes musulmanes de Filipinas y Borneo. En el caso de Sirela, españolizado, en la documentación aparece también como «Mandaela» y «Panguilan Rajá de Pajá».

(14) AGI, Filipinas 27, N.10. Carta del Cabildo de la ciudad de Manila, Rodrigo Frías Albornoz, Andrés Cauchela (...) sobre varios asuntos (...) informan de la jornada que el gobernador Sande hizo contra Borneo y la armada que había despachado para pacificar Mindanao y Joló.

(15) AGI, Filipinas 6, R.3, N.34. Carta de Sande sobre la jornada de Borneo y pidiendo hábito.

La batalla naval se libró cerca de la isla de Mohala. Según prosigue el informe de Sande, la superioridad de las fuerzas navales españolas se tradujo en una clara victoria que obligó a las fuerzas enemigas a una precipitada retirada por el río hacia el interior de la isla, dejando tras de sí, además de numerosas bajas, 27 embarcaciones (galeras y praos) y 130 piezas de artillería. El rey de Borneo, con un grupo de principales, huyó hacia las montañas a través del río (16). La expedición española consiguió tomar el puerto y la ciudad de Brunéi (17).

Con la ayuda de las fuerzas hispano-filipinas, Sirela fue restituido en su trono y, cumpliendo con su compromiso, en una pomposa ceremonia tomó posesión de Brunéi en nombre del rey de España, Felipe II, mientras su hermano Saiful Rijal lograba huir, junto a un grupo de seguidores, a las montañas del interior. Este episodio se convirtió en un argumento muy esgrimido por España para defender sus derechos sobre el entonces sultanato de Brunéi.

Pero el gobierno de Sirela no duraría mucho, ya que tres años después, en 1581, su mismo hermano, con el apoyo del capitán portugués António Brito, volvió a despojarlo del trono, lo que le obliga a viajar a Manila para pedir de nuevo socorro a la máxima autoridad española en Filipinas, en aquellos momentos el gobernador general Ronquillo de Peñalosa. Como en su día hizo Sande, Ronquillo envía a Borneo una armada, cumpliendo así con su compromiso de socorrer a los súbditos españoles en la isla y devolver el trono de nuevo a Sirela (18). Un año después Sande envía otra expedición intimidatoria, con cartas dirigidas a Sirela y demás panguilanes, recordándoles los compromisos que habían adquirido un año antes con el rey de España. Asimismo, Sande remite una advertencia a Saiful Rijal, incitándole a someterse al monarca español:

«... que de la obediencia que debe a S.M. del Rey Dn Felipe Nuestro Sr. Rey de Castilla y de León y prometa guárdele fidelidad como vasallo suyo y que le irá a servir en paz y en guerra donde SM mandare en esta tierra y que haciendo yo le perdonaré el descomedimiento y delito que hizo el año pasado en matarme al embajador y comenzar por su parte a hacernos la guerra, ofreciéndoles buena paz (...) iten (*sic*) en reconocimiento de esta sujeción ha de dar a S. M. tributo que será en canfor, o en galeras, o otra cosa de la tierra y en la cantidad no ha de reparar con él, sino que sea lo que quisiere hasta que S. M. i yo, en su real orden ordene otra cosa» (19).

(16) AGI, Filipinas 29, N.27. Carta de Andrés Cauchela, contador de la Real Hacienda de Filipinas, sobre que el gobernador de esas islas, Francisco de Sande, fue con una armada de varios navíos a Borneo a tratar de paz con el rey y ponerle bajo el dominio de S.M., y evitar así las amenazas que todos los veranos hacía a los españoles.

(17) Este enfrentamiento de España con el sultanato es conocido en Brunéi como la «Guerra de Castilla». En esta ocasión la escuadra, más modesta, estaba formada por un galeón, nueve fragatas y fuerzas hispano-filipinas.

(18) La forma un galeón, nueve fragatas.

(19) AGI, Filipinas 6, R.3, N. 37. Carta de Sande al virrey sobre Borneo, Joló, Mindanao, China, etc.

La escuadra, que en esta ocasión era bastante más modesta, iba al mando de Juan de Arce de Sandoval. Los dos productos referidos en concepto de tributo, alcanfor y galeras, eran muy valorados por los españoles. El árbol del alcanfor, conocido como árbol de Borneo, era muy apreciado en la época por sus múltiples aplicaciones, habida cuenta que, además de sus propiedades terapéuticas, resultaba un potente insecticida —utilísimo en unas latitudes infestadas de insectos— y su madera era muy apreciada como materia prima de carpintería (20). Ni que decir tiene la importancia de las galeras para las autoridades españolas de Filipinas a la hora de responder a las agresiones de los piratas (21).

En una de las cartas de la correspondencia entre Sande y el Consejo Real de Indias, aparece un dato interesante que suele pasar inadvertido a la historiografía. Se trata de instrucciones directas del monarca Felipe II a dicho gobernador para que buscara un lugar seguro y sano en el noroeste de Borneo, con el fin de albergar, cuanto antes, una colonia de españoles, lo que pone de manifiesto la importancia que desde el principio se dio al norte de la isla para la consolidación de la presencia de España en Filipinas. En su contestación, Sande dice haber encontrado un sitio que reúne las condiciones más óptimas para ubicar dicha colonia. No obstante, esta idea de repoblación nunca llegó a hacerse realidad, lo que daría lugar a que le tomaran la vez los ingleses en el siglo XIX. La escasez de población española en Filipinas se convirtió en un problema endémico de difícil solución durante los tres siglos de presencia de España en el archipiélago.

El mantenimiento de la presencia de España en los territorios del norte de Borneo, con más o menos determinación, fue política común de las autoridades españolas, a pesar de los grandes esfuerzos que conllevaba, dado el paupérrimo estado de las arcas. Las expediciones auspiciadas por los gobernadores generales eran frecuentes, bien para reforzar los lazos de amistad —y, en caso de conflicto interno, apoyar a uno u otro bando—, bien para hacer alardes de fuerza. En el momento en que se enfriaban las relaciones con el sultán de Brunéi, la presencia de España en el Pacífico se resentía, ya que era habitual que este se aliase no solo con los sultanes rebeldes de Joló, Mindanao o las Molucas, poniendo en riesgo las expediciones punitivas a dichos territorios, sino, posteriormente, con los tradicionales enemigos europeos de España, como veremos a continuación. No obstante, también hay que decir que las expediciones a Borneo en algunos casos no eran aprobadas por los filipinos (22).

(20) Actualmente se emplea principalmente en la fabricación del celuloide y de la pólvora sin humo, pero también sigue usándose en la elaboración de muchos medicamentos, como los estimulantes cardiacos.

(21) En Borneo la embarcación más utilizada era la galera, de cerca de 90 pies de largo y con una manga de tres metros. Podía transportar entre 50 y 100 tripulantes. Generalmente las embarcaciones iban armadas con un mínimo de tres cañones giratorios, llamados *lantacas*, a veces reforzados con un cañón pesado.

(22) Durante el gobierno de Fajardo Chacón, la movilización de obreros de los astilleros de Cavite para una expedición a Borneo dio lugar a unas revueltas en Tarlac encabezadas por Juan Ponce Sumoroy. MOLINA MEMIJE, A.: *Historia de Filipinas*, t. I, p. 123.



Mapa de la isla de Borneo.

Resumiendo, y dejando al margen las muchas riquezas con que contaba Borneo (oro, alcanfor, madera, resina), se puede decir que el papel tan importante que llegó a jugar esta isla en la consolidación de la presencia de España en Filipinas se puede materializar en los siguientes aspectos: piratería y vasallaje de los dirigentes musulmanes de las Filipinas, las Molucas y Joló hacia el rey de Borneo y, sobre todo, valor estratégico.

Piratería y vínculos familiares entre sultanes y el sultanato

Seguramente, los españoles que llegan con Magallanes a Filipinas en 1521, así como los que luego acompañaron a Legazpi en 1565, no se percataron de que tendrían que volver a enfrentarse a comunidades islámicas reguladas de modo estable. Como

si de la época de los «reinos de taifas» en España se tratara, los jefes musulmanes de las islas Filipinas mantenían entre sí un régimen de independencia política y sus enfrentamientos e intrigas mutuos eran continuos.

La expansión del islam por el sudeste asiático y China tuvo mucho que ver con el ir y venir de los comerciantes musulmanes a través de las principales rutas tanto terrestres como marítimas, lo que conllevó la islamización de gran parte de las islas Filipinas, las Molucas, las Célebes, los archipiélagos de Joló y gran parte de la isla de Borneo, especialmente las costas, cuya población autóctona se vio impelida a refugiarse en la parte interior. Los conflictos entre los españoles y los piratas musulmanes se remontan a la época de los conquistadores y prosiguieron ininterrumpidamente hasta el final de la presencia española en el archipiélago, tras la guerra del 98 (23). En términos generales, no se puede vincular históricamente a los musulmanes filipinos con la piratería, aunque sí es verdad que, en muchas ocasiones, se valían de ella para frenar la expansión de España en Filipinas.

(23) Para el tema de la piratería malayo-musulmana, véanse MONTERO Y VIDAL, José: *Historia de la Piratería malayo-mahometana en Mindanao, Joló y Borneo...* Madrid, 1888; CASTELLANOS ESCUDIER, A.: *Cuarteroni y los piratas malayos*. Madrid, 2004.

En el archipiélago filipino, cada isla contaba con uno o dos dignatarios político-religiosos que, como hemos comentado, en la mayoría de los casos eran vasallos de otro más poderoso de islas cercanas o lejanas, comprometido a socorrerles en caso de necesidad. Muchas fueron las ocasiones en que los dirigentes musulmanes de Filipinas fueron auxiliados con fuerzas del sultán de Borneo. Por poner un ejemplo, cuando Legazpi se disponía a conquistar los territorios que posteriormente acogerían a Manila, Sulaymán, sobrino del rey de Borneo, contrariamente a los datos de Tondo, más partidarios de entablar conversaciones de paz con los españoles, presentó batalla a Martín de Goiti, que iba al frente de las fuerzas españolas, apoyado por su tío el rey de Borneo.

No obstante, hay que decir que los sultanes no siempre se hallaban en disposición de cumplir los compromisos adquiridos por medio del vasallaje, ya que su autoridad era más bien nominal. Aunque se esforzaban en conservar ciertos resortes de autoridad en sus manos, no siempre les resultaba posible, ya que algunos de los datos (cargo político) disponían de más medios militares a la hora de una confrontación. En el caso del sultán de Borneo, uno de los más poderosos junto con el de Joló, no disponía de fuerzas suficientes con que controlar las intrigas internas y disputas familiares entre los datos rebeldes o la piratería que dominaba los mares, por lo que se veía obligado, si quería mantenerse en el trono, a recurrir al auxilio de las naciones coloniales presentes en la zona, como Portugal, España, Inglaterra y, finalmente, Estados Unidos.

Esta falta de unidad y el estado de rivalidad entre los jefes musulmanes serían aprovechados por los europeos, quienes pusieron en práctica una política de pactos y compra de la sumisión de los datos y sultanes, dejando el enfrentamiento armado como último recurso. A cambio de su sumisión o de un pacto de amistad, se les llegaban a conceder cargos y apoyo militar —tal era el proceder de España—, o dinero y armas —política seguida por otras naciones presentes en la zona (24).

Durante la permanencia de España en Filipinas, los piratas, con sus embarcaciones típicas, practicaban el saqueo y la captura de filipinos, a los que luego vendían como esclavos en los mercados de Joló y Borneo. A excepción de España, los países europeos con intereses en la zona, lejos de plantearse la erradicación de esta lacra formando un frente común, intentaban sacarle provecho aliándose con sus artífices en contra de los intereses españoles.

La piratería musulmana en Filipinas fue duramente reprimida por los españoles, que dieron a sus artífices el nombre de «moros» dada la similitud que presentaban con los de la Península (25). Esta lucha sin cuartel se prolongaría durante los más de trescientos años de presencia española en las islas y conle-

(24) CASTELLANOS ESCUDIER, A.: *Filipinas: de la insurrección a la intervención de EE.UU.* Madrid, 1998.

(25) Resulta curioso que, en la actualidad, los grupos rebeldes de Abu Sayá sigan reivindicando el nombre de «moros», asignado por los españoles a los musulmanes de Filipinas,.

vó una hemorragia de vidas y recursos para Filipinas y para la Península. No obstante, de no haber sido así, hoy día la religión musulmana sería mayoritaria en todo el archipiélago y no se hallaría restringida al sur de este (Mindanao).

Las embarcaciones utilizadas por los piratas estaban adaptadas para navegar sobre zonas de arrecife y manglar —es decir, de poco calado—. La consiguiente poca estabilidad y proclividad al vuelco se solucionaba con las batangas o dando de costado con otras embarcaciones (26). En sus actos piráticos, las etnias moras actuaban generalmente en grupos reducidos o incluso en solitario. Los enfrentamientos con los piratas no suponían un peligro inminente para los buques de la Marina española, aunque sí para las embarcaciones pequeñas de las estaciones navales.

Pero la piratería no solo afectaba a las costas de Filipinas; sus perniciosos efectos se extendían al comercio internacional, pues los piratas hostigaban también al tráfico por el Mar de China. Por eso cada vez que un buque con bandera extranjera era atacado en aguas de jurisdicción española, se generaba un conflicto diplomático que ofrecía una buena ocasión de injerencia a los países extranjeros deseosos de tomar el control de las posesiones españolas.

En el siglo XIX, las relaciones de España con los sultanes de Borneo y Joló, este último vasallo del primero, tras varios siglos de convivencia apacible, se habían deteriorado a causa de los desencuentros suscitados por el contencioso de la piratería. Tanto Borneo como Joló se habían convertido en nidos de piratas, y sus costas, en las principales bases desde donde se organizaban las correrías a Filipinas. Poner coto a la piratería en las costas filipinas y el Mar de China fue la causa esgrimida por España para inmiscuirse en los sultanatos, pero idéntica causa invocó el sultán de Borneo cuando entregó parte de sus territorios a los ingleses, alegando que a estos les sería más fácil erradicar la piratería desde la base naval que iban a ubicar en la isla de Labuán.

En el último cuarto del siglo XIX, las decisiones tomadas por los diferentes sultanes de Borneo y Joló y las injerencias de Inglaterra y Alemania, proporcionando armamento a los piratas musulmanes, crearon constantes problemas a España, aparte de que los ingentes recursos detraídos para poner freno a la piratería estaban esquilmando las arcas filipinas.

Valor estratégico de Borneo. Agresiones inglesas

Dada la proximidad del norte de Borneo respecto de las islas del sur del archipiélago filipino, especialmente la isla de Balabac (distaba de esta poco más de una milla) y el archipiélago de Joló, era muy conveniente reforzar la presencia española en la isla. Se temía sobre todo que los territorios fueran ocupados por los holandeses, presentes en la zona e interesados, además de en Borneo, en las Filipinas, las Molucas y otros archipiélagos. Durante los siglos

(26) De tales características son el salisipan, la vinta, el panco o el prao.

xvi y xvii Holanda había sido la principal enemiga de España en el Pacífico, pero en las dos centurias siguientes los ingleses tomarían el relevo.

Los problemas para España se recrudecieron a partir del siglo xviii, especialmente en el xix. Los Borbones habían recibido en herencia un imperio de vastísimas proporciones, pero cuyos límites otros países europeos empezaban a poner en entredicho. La necesidad de atajar el imperialismo británico en América y Filipinas lleva a España a recurrir de nuevo a Francia, con la que suscribe el tercer Pacto de Familia, implicándose con ello de lleno en la Guerra de los Siete Años. A pesar de los perjuicios que le iba a ocasionar, al monarca español no le quedó otra salida para hacer frente a las imparable agresiones británicas en sus posesiones ultramarinas. Después de las conquistas inglesas de Manila y La Habana en 1762, última fase de la Guerra de los Siete Años, el océano Pacífico se convierte en un espacio de interés comercial sujeto a la disputa de las grandes potencias europeas. Una vez eliminada Francia de América, tras la cesión de Canadá a Inglaterra, España se tendrá que enfrentar en solitario a los ingleses en la defensa de sus posesiones ultramarinas (27).

Tras los nefastos resultados de Trafalgar, España pierde su supremacía naval. A lo largo del siglo xix, las posesiones españolas del Pacífico —Filipinas, archipiélagos de las Marianas, las Carolinas y Palaos, norte de Borneo— son presa de la codicia de las grandes naciones (Inglaterra, Alemania, Francia, Alemania y Estados Unidos); a España, inmersa en sus luchas internas, le sería imposible seguir manteniendo la soberanía sobre aquellos lejanos territorios sin una marina poderosa y un ejército adecuado a las circunstancias.

Inglaterra, a través de distintas estrategias, intentaba afianzar su presencia en la zona y hacerse con un territorio en el norte de Borneo, poniendo en evidencia así la legitimidad y derechos de España en la isla, conseguidos años atrás. Con métodos que habían recusado cuando los utilizó España, los ingleses comenzarán a desarrollar una política de acercamiento con los sultanes de Borneo y Joló, aprovechando cualquier ocasión para granjearse su amistad e ignorando así los compromisos formales que España mantenía con dichos dignatarios (28)

Los esfuerzos de los gobernadores generales de Filipinas por defender la presencia española en Borneo no siempre encontraban receptividad en los monarcas españoles, en especial en tiempos de la España isabelina. Las alarmantes noticias sobre la actitud desafiante mostrada por las grandes potencias llegaban a Madrid a través de los informes de los pocos consulados establecidos en la zona y, sobre todo, de los enviados por el gobernador general de

(27) CASTELLANOS ESCUDIER, A.: *Las Indias Orientales españolas ante el imperialismo de las grandes naciones* (discurso de ingreso como miembro de número de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras). RAHA, Cádiz, 2007, pp. 21-22.

(28) En 1849, el inglés mister Brooke, quien previamente había entrado en conversaciones con el sultán de Joló, se presentó en la rada de Zamboanga, en Mindanao, para tomar posesión de dicha isla, basándose en los derechos adquiridos en el acuerdo con el sultán de Joló. Brooke fue rechazado por las autoridades militares.



Carta de la isla de Labuán elaborada por monseñor Cuarteroni.

Filipinas y por monseñor Carlos Cuarteroni, prefecto apostólico de las misiones católicas, con sede en la isla de Labuán (29).

En 1841, el sultán de Brunéi cedió a James Brooke la provincia de Sarawak, en el noroeste de Borneo, con lo que un rajá blanco se convertía en soberano de un Estado malayo. Brooke lograría finalmente hacerse con gran parte del norte de Borneo, incluida Labuán, regalada también por el sultán de

(29) Véase CASTELLANOS ESCUDIER, A.: *Cuarteroni y los piratas malayos*.

Brunéi a un británico. Antes de conseguir hacerse con esta isla, Inglaterra había enviado varias expediciones con el fin de buscar el lugar más idóneo donde ubicar una base naval que diera apoyo y cobertura a sus actividades comerciales y protección a sus comerciantes.

La isla de Labuán reunía todas las ventajas; además de ser un lugar seguro ante un eventual ataque del exterior, rodeada como estaba de pantanos, contaba con ricos yacimientos de carbón. En un momento en que los barcos de vapor estaban sustituyendo a los veleros, comercial y militarmente era clave asegurarse el aprovisionamiento de los buques. También hay que tener en cuenta las rivalidades surgidas entre el sultán de Brunéi y el de Joló por los territorios en cuestión. Como señalamos antes, uno de los argumentos en que se basaba el sultán de Brunéi para entregar la isla de Labuán a los ingleses era que la Marina británica iba a establecer una base militar desde donde sería más fácil erradicar la piratería.

Finalmente, las argucias en las negociaciones de James Brooke y Edward Belcher con el sultán de Brunéi se traducían en un ventajoso tratado. Inglaterra conseguía una importante base donde apostar sus guarniciones militares destacadas en el Pacífico: la pequeña pero estratégica isla de Labuán. De este modo controlaría mejor el Mar de China, fundamental para continuar sosteniendo el floreciente comercio de sus colonias de Hong Kong y Singapur. También desde la isla de Labuán, a Inglaterra le fue bastante más fácil hacerse con el territorio hoy conocido como Sabah.

La falta de una marina de guerra homologable con la de otras naciones presentes en la zona lleva al gobierno de Madrid a intentar solucionar los problemas por cauces diplomáticos, pero ya era demasiado tarde.

En 1861 el gobierno envía a la zona a Patricio de la Escosura en calidad de comisario regio, para que le informara sobre los últimos acontecimientos y le dibujara la situación real en que se encontraban las posesiones españolas del Pacífico asiático (30). Como era de esperar, el informe emitido por De la Escosura fue peor de lo esperado, aunque creía que aún podían arreglarse ciertos aspectos para los cuales daba algunas soluciones.

Sobre la cuestión de Borneo, el comisario regio escribía en su informe

«que hace largo tiempo deberíamos estar en Borneo establecidos; que por no haberlo hecho hasta hoy hemos ya perdido definitivamente la isla de Labuán y el Kuchyng o Sarawak, de que es dueño Sr. James Brooke; que en la demora hay constantemente riesgo para nuestros intereses y nuestros derechos, y que, en fin, cuando de todo título careciéremos (y los títulos valederos nos sobran) estaría más que justificada nuestra ocupación por el tráfico de esclavos y cristianos filipinos de que Borneo es teatro y foco a un mismo tiempo» (31).

(30) ESCOSURA, Patricio de: *Memoria sobre Filipinas y Joló* (pról. de Francisco Cañamaque). Madrid, 1888.

(31) *Ibidem*, p. 330.

Como de costumbre, el gobierno de Madrid, volcado en sus problemas internos, no reacciona hasta años después. En febrero de 1867 se crea una comisión investigadora para buscar en los archivos de la Península y el extranjero documentos que acreditaran los legítimos derechos de España sobre sus posesiones ultramarinas en el Pacífico (32). Aunque en principio la búsqueda se extendía a todos los territorios ultramarinos de América, África y Oceanía, finalmente sería en esta última donde se fijaría el foco de atención, dada la situación de acoso que estaba viviendo (33). Concretamente, las investigaciones se centraron en Borneo, islas Bisayas, Gran Paragua, archipiélago de Joló, Marianas y Carolinas.

En su pesquisa, la comisión se encontró con el grave problema de la desorganización de que adolecían los archivos españoles, especialmente el de Indias, cuyos legajos se amontonaban dispersos por los pasillos sin ningún tipo de orden. En determinados casos en que la búsqueda de información en Sevilla resultó infructuosa, aquella se extendió a los archivos de Filipinas e incluso a los británicos ya que, como habían hecho en Cádiz en 1596, cuando los ingleses se apoderaron de Manila en 1762 gran parte de la documentación de sus archivos fue llevada a Gran Bretaña. Así, los comisionados tuvieron que trasladarse a Londres y con la mayor discreción buscar documentos que avalaran los derechos de España en sus Indias Orientales. No es difícil imaginar que esta misma documentación debió de constituir para Inglaterra un buen punto de partida a la hora de cuestionar la soberanía española sobre determinadas islas. Así lo corroboran los numerosos mapas ingleses con todo tipo de detalles encontrados por los investigadores españoles, que ponen de manifiesto la precariedad de la presencia española en determinados territorios, a pesar de sus posibilidades estratégico-comerciales.

La búsqueda de documentos acreditativos se centraba en los relativos a aquellas islas que, aunque pertenecían a España de derecho, estaban prácticamente abandonadas, como la isla de la Paragua (34) y su apéndice, la de Balabac, al igual que los territorios del norte de Borneo. En la mayoría de los casos no se halló constancia documental de la concesión de derechos, pero por suerte la comisión sí encontró, en el Archivo de Indias, la carta de cesión de la isla de la Paragua del sultán de Borneo al gobernador general de Filipinas Ovando, misiva que, dada su peculiaridad, he creído interesante reproducir:

«Doy por siempre al Rey de España la isla de Paragua con la pequeña isla de Balabac, que a otro Rey no se la diera aunque me diera por ella 400.000

(32) Los resultados de las investigaciones llevadas a cabo por la comisión suponen hoy día una importante fuente de información sobre el origen y la historia de la presencia española en el Pacífico.

(33) AHN, sección Ultramar (Filipinas), Estado, leg. 5352.

(34) Conocida como la Gran Paragua, es la que está situada más al sur del archipiélago filipino, a tan solo una milla del norte de Borneo. La isla había sido cedida a España por el sultán de Borneo en 1752, pero los españoles, tras ocuparla y crear un presidio, finalmente la abandonaron y fue ocupada por los joloanos.

pesos y con la voluntad de que se la doy y me despojo de ella como si fuera de una hoja de árbol».

La tensión entre España e Inglaterra en el norte de Borneo aumentó cuando los mandarines del sultanato de Sandakan, tras unos primeros contactos con las autoridades españolas, envían directamente a Isabel II una solicitud formal de adhesión a la Corona, como podemos ver en el siguiente documento:

«Nosotros todos los mandarines de los pueblos de Sandakan, en la isla de Borneo: Diggadon, Satia, e Imán reconocemos solemnemente por nuestra Reina y Señora a Doña Isabel, Reina de España a cuya poderosa Monarquía de derecho pertenecía ya este terreno por ser parte integrante del Sultán de Joló que a la vez ha sido incorporado a dicha Monarquía y rogamos a nuestra excelsa soberana se sirva darnos la protección de su nombre y su gloriosa bandera para que con su poder seamos respetados, por lo que nos comprometemos a defender con nuestra vida, con lo cual podremos dedicarnos tranquilamente al rico comercio de este país, para cuya exportación suplicamos, y las ofrecemos en recíproca, sincera lealtad la nuestra, en fe de lo cual lo firmamos ante el comandante de la goleta *Filomena*, Don Vicente Carlos Roca.

Rada de Sandakan 27 de Julio de 1862» (35).

La rada de Sandakan, que daba nombre a la ciudad, pertenecía al sultán de Sandakan, vasallo del de Joló, lo que quería decir que en teoría era a su vez vasallo de España, tras el último tratado. La decisión tomada por los régulos se basaba en el temor de que los ingleses, con el beneplácito del sultán de Brunéi, se hicieran también con su territorio.

Antes de tomar ninguna determinación, el gobierno español, en esos momentos presidido por O'Donnell, consulta al gobernador general de Filipinas, Echagüe, que a su vez pide información al prefecto apostólico, monseñor Carlos Cuarteroni (36).

Aunque al principio se vislumbra cierta sintonía entre Madrid y Filipinas, en el sentido de que era conveniente enviar la goleta *Filomena* (37) a la bahía de Sandakan, la insistencia de los dirigentes del sultanato en ponerse bajo la protección de España lleva al gobierno de Madrid a forjarse grandes temores, convencido de que aquellos territorios del norte de Borneo le producirían muchos gastos y pocos beneficios, y propiciarían un inmediato enfrentamiento armado con la mayor potencia imperial del momento, por lo que resuelve no seguir adelante.

(35) ESCOSURA, Patricio de: *op. cit.*

(36) CASTELLANOS ESCUDIER, A.: *op. cit.*, pp. 182-187.

(37) Su comandante, don Carlos Roca, tras fondear en la bahía de Sandakan, emitió un interesante informe sobre las magníficas condiciones de su puerto. Véase ESCOSURA: *op. cit.*, apéndice 7

La protesta oficial al gobierno de España en 1876, por parte de Inglaterra y Alemania, como consecuencia del apresamiento de varios buques con contrabando que culminó en un acuerdo hispano-alemán-británico, retrajo al gobierno de España de defender sus derechos en el norte de Borneo. En este tratado, Alemania e Inglaterra, si bien reconocían la soberanía española sobre determinadas islas (Joló, Paragua y Mindanao), no lo hacían en el caso de Borneo. Por omisión, España renunciaba a todos aquellos territorios que el sultán de Joló poseía en dicha isla. De este modo, prácticamente todo el norte de Borneo, a excepción del sultanato de Brunéi, quedaba en posesión de la compañía inglesa North Borneo. La presencia británica en el norte de la isla quedaría materializada cuando en 1885, desencadenado el conflicto con Alemania por las Carolinas, España renuncia explícitamente a sus derechos sobre Borneo a cambio de que Inglaterra y Alemania reconocieran los que ejercía sobre los territorios de Joló.

Con estas concesiones a Inglaterra y la donación de terrenos en Sabah, el sultanato de Brunéi comenzó a declinar al ver reducida su extensión extraordinariamente, para convertirse por último en protectorado británico en 1888 (38).

En cuanto a España, el desenlace negativo y la pérdida de sus derechos en el norte de Borneo serán la antesala del 98, cuando se perderán los últimos vestigios de lo que un día fue un vasto imperio colonial.

Consideraciones finales

A modo de resumen, creo que podemos concretar y hallar respuesta a algunas de las cuestiones que nos planteábamos al principio, en el sentido de por qué los españoles, antes incluso de la conquista de Filipinas, consideraron importante fortalecer su presencia en la isla de Borneo.

Dejando al margen el tamaño de la isla —la tercera del mundo en extensión— y las muchas riquezas que atesoraba, incluidas las especias, el papel tan importante que llegó a tener Borneo para la conquista y posterior consolidación de la presencia de España en Filipinas se puede definir en los siguientes aspectos:

- vínculos de vasallaje y sumisión de los dirigentes musulmanes filipinos con el sultanato de Brunéi, de cuyo sultán muchos de ellos eran familiares, lo que hacía imprescindible granjearse la amistad de aquel;
- la piratería; a Borneo llegaban cientos de cautivos filipinos para ser vendidos en sus mercados (39);
- óptima situación estratégica, en la encrucijada de las rutas comerciales del Mar de China, importante no solo para el desarrollo del comercio del archipiélago filipino, sino también para los intereses de otras potencias presentes en la zona;

(38) El sultanato no recobraría la independencia del Reino Unido hasta 1984.

(39) Véase *Cuarteroni y los piratas malayos*.

- proximidad con las islas Filipinas, lo que suponía un gran riesgo en el caso de que otros países europeos, tradicionales enemigos de España, establecieran bases militares y comerciales, consolidando así su presencia en el Pacífico.

Es verdad que los métodos utilizados por España, y posteriormente por Inglaterra, de establecer acuerdos y tratados con el sultán de Borneo resultaban poco consistentes. Pero, en el caso de Inglaterra, los acuerdos y tratados quedaban ratificados a través de una ocupación efectiva de los territorios, cosa que no podía permitirse España, carente como se hallaba de una marina de guerra acorde con la inglesa y de un ejército adecuado para el control y defensa del territorio.

No obstante, siendo las Filipinas un territorio tan insularizado, compuesto por más de 7.000 islas, la Marina fue primordial para mantener la presencia española en el archipiélago durante más de trescientos años, a pesar de que nunca contó con medios ni buques apropiados para tener a raya la piratería ni, sobre todo, para atajar las agresiones de otras naciones que en el siglo XIX pusieron los ojos en las posesiones españolas del Pacífico.

Quiero finalizar con las reflexiones de Patricio de la Escosura, quien en solo cuatro renglones pone de manifiesto la que debió haber sido la política española para mantener sus posesiones asiáticas:

«Ejército y marina necesitamos, y negociar nos ha de ser igualmente forzoso, solamente que, a mi juicio, combates y tratados han de ser medios auxiliares de ejecución en determinados casos y no exclusivas bases del sistema, a mi parecer conveniente, y a cuya exposición es ya llegado el tiempo de que proceda».